



El paso de los ANDES

Se ha dicho del paso de los Andes que fué una de las mayores proezas del esfuerzo que hayan realizado los hombres. Sólo el genio, la voluntad y las dotes militares del general San Martín permitieron su realización. La idea surgió en 1816; una tropa reducida, pero bien disciplinada, que lograra pasar los Andes, tenía grandes probabilidades de sorprender a los españoles y liberar Chile. Aprobado el proyecto por el Gobierno de Buenos Aires, seis meses más tarde, el 17 de enero de 1817, salían las tropas de Jaquél. Llegaba el momento de intentar el cruce de los Andes, con sus cuatro poderosas cordilleras. Una columna iría por el sur, por el desfiladero de Uspallata. Otras dos, con el chileno O'Higgins y el generalísimo San Martín, buscarían, entre las escabrosidades de los cuatro macizos, el llamado camino de los Patos. Las dificultades fueron imprevistas. Cruzada con rumbo noroeste la sierra del Paramillo se alzó seguidamente ante los hombres de San Martín, el coloso conocido por el "Tigre", poderosa cordillera de seis mil metros de altura en su zona central. Podía el general haberla rodeado por su extremo norte, pero lo desértico de este camino, en el que el agua habría escaseado, le obligó a entrar en la cordillera, atravesándola por su extremo septentrional, para llegar al río San Juan o de los Patos, que ha dado su nombre a toda la ruta. Enfrente, una nueva cadena de montañas, la cordillera Espinacito, cerraba el horizonte. Franqueada por el paso del mismo nom-

bre, a cuatro mil quinientos metros, un descenso de tanta pendiente que entre curva y curva la distancia no excedía en ciertos lugares de algunos metros, llevó a las columnas al valle de los Patillos, que termina en su unión con el valle de los Patos. Después de pasar un frío intenso y de haber cruzado el río de los Patos por el vado que lleva hoy el nombre del Libertador, nuevamente surgía el obstáculo de la cuarta cordillera, la andina, que sirve de límite entre Argentina y Chile. Recorrida la mayor parte de un camino nada fácil, en el que fué forzoso abandonar los carros de bueyes con los bagajes de artillería, todo invitaba a un pequeño descanso en el valle Hermoso, limitrofe con las montañas: pista ancha, agua, pastos para el ganado... Pero urgía ganar tiempo e impedir que los realistas ocupasen el desfiladero de Cuzco, lugar dominante en la ruta al valle de Aconcagua, elegido para la unión con la otra columna. Para lograr este propósito destacó San Martín una vanguardia de doscientos hombres, que, al mando del mayor Arcos, avanzando por la izquierda, atravesó la cadena por el paso de valle Hermoso, cayendo sobre La Ciénaga y diezmado al destacamento realista de guardia en aquel punto. Mientras, el general, por el paso de Las Llaretas, bajó a reunirse con Arcos, en Cuzco. Los Andes estaban dominados y la conexión con la columna del sur asegurada. Pero la sencillez del relato no puede reflejar las dificultades que en

sus aspectos militar y humano ofrecía la empresa y que, al ser vencidas, acreditan el genio. Los soldados de San Martín tuvieron que sufrir los efectos de los cuatro mil metros de altura, sin que bastase el recurso adoptado por el general de dotar de mulas a la infantería, para evitar el esfuerzo corporal. Al peligro de la altitud hubo que añadir el del clima desértico, con calor sofocante en el día y frío glacial por las noches, agravados por la escasez de agua, que faltó por completo en muchas jornadas. El Ejército de los Andes, como última prueba, tenía que avanzar por un peligroso terreno, en el que las erosiones y resquebrajaduras de un suelo seco de siglos se traducían en avalanchas y despeñamientos. De 10.600 mulas, 1.600 caballos y 700 reses distintas con que se inició la marcha sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y 511 caballos, y éstos, según un oficial de la columna, "estaban tan estropeados que apenas iban a medio galope". El resto de los animales quedó muerto o inutilizado por los innumerables barrancos, desfiladeros y cañadas, atravesados por el Ejército. El dato es harto elocuente, pero nadie con más autoridad que San Martín puede resumir lo que fué el camino de los Patos: "Camino de cien leguas, cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, profundas angosturas, cortado por cuatro cordilleras. Tal es el camino de los Patos; vencerlo ha sido un triunfo".



al Virrey. Sin embargo, San Martín hubiera permanecido menos tiempo en Pisco si no hubiera sido porque Pezuela le propuso esas negociaciones, que ya el general patriota esperaba, lo que hizo que retardara su salida, pero que de ninguna manera sirvieron de retraso a sus planes, sino al contrario.

Por otro lado, al saberse el desembarco de la expedición, a instancias de un oficial peruano se había proclamado independiente la provincia de Guayaquil, formando un gobierno provisional, a cuya cabeza se puso el famoso poeta José Joaquín de Olmedo, interponiéndose así los patriotas entre Quito y Lima. También contribuyó a perturbar los ánimos de los gubernamentales la captura de la *Esmeralda*, surta en El Callao, que fué tomada al abordaje después de fuerte lucha, y que Guise, el fundador de la Marina peruana, sacó de su fondeadero muy hábilmente.

San Martín estaba resuelto a no comprometer la suerte de la expedición en encuentros de dudoso éxito. En su campamento de Huaura esperaba también el alzamiento de Trujillo, cosa que no tardó en suceder al declarar el intendente de ella, D. José Bernardo

Tagle y Portocarrero, marqués de Torre Tagle, la independencia en cabildo abierto. Lambayeque le imitó, y Piura, con Juan Jerónimo Seminario a la cabeza, hizo otro tanto; de esta manera toda la costa norte peruana obedecía a las órdenes sanmartinianas.

En el campamento, si bien era azotado por las enfermedades propias de la zona, era raro el día en que no se recibían adhesiones a la causa patriota, desde el batallón Numancia hasta niños como Salaverry, futuro presidente de la República; así, los cuadros de su ejército se llenaban donde se presentaban sus tropas y su afianzamiento se confirmaba con noticias como la capitulación de los últimos barcos españoles *Prueba* y *Venganza*.

Por otra parte, Arenales había cumplido su consigna; de las poblaciones del interior había conseguido nuevos elementos, en hombres, dinero y víveres; había logrado atravesar el valle serrano del Mantaro sin sufrir derrotas, hasta que en Cerro de Pasco se encontró con el irlandés O'Reilly, que le cerraba el paso, y que después de un sangriento combate quedó derrotado. Sin embargo, sus triunfos iban a ser debilitados por la marcha de las tropas de Ricafort, que trataron de someter con mano dura los pueblos insurrectos. Arenales, mientras tanto, se reunía con San Martín; pero ya los hechos de la sierra habían causado la separación de los americanos del cabildo de Lima, que pedían al Virrey una capitulación con San Martín, del resto de la sociedad, que rechazaba todo pacto.

Pezuela creía que la guerra no sería favorable a España si no se le enviaban recursos, y tampoco se decidía por un ataque por temor de perder Lima; por esta indecisión sus propios jefes determinaron separarlo del mando, siendo el general D. José de la Serna proclamado Virrey del Perú por sus compañeros, lo que más tarde fué confirmado por el Rey de España. Sin embargo, esto no modificó la situación bélica del Perú, el bloqueo de Lima continuaba y la presencia de los montoneros se hacía sentir.

La penetración al interior fué encargada esta vez a Miller y se hizo efectiva por el Sur, en tanto que Gamarra y Arenales distraían por el centro al ejército español. Mientras esto sucedía se intentaban nuevas negociaciones de paz, pues en España se pensaba que bastaría la noticia del advenimiento del régimen liberal para obtener la pacificación de las colonias rebeldes. Por esta razón enviaron comisionados con facultades de ofrecer la conservación de rangos y poderes a los sublevados, siempre que se jurase la Constitución española y se mandasen diputados americanos a las Cortes. Llegado uno de estos enviados desembarcó en Huaura, siendo recibido por el general San Martín, pasando luego a Lima. El Virrey propuso entonces entrar en negociaciones. En Puncbauc se planteó el establecimiento de una monarquía independiente y la regencia momentánea del Virrey, otro de sus partidarios y el nombrado por San Martín; pero esto implicaba el reconocimiento de la independencia por España y el ejército realista rechazó otros puntos, a pesar de que el propio San Martín se ofrecía a venir a Madrid, como delegado, para explicar al Rey las causas de su determinación por la libertad. El fracaso de las conferencias dió por resultado el retiro de La Serna a la sierra, dejando el gobierno de la ciudad al peruano D. Pedro José de Zárate y Navía, marqués de Montemira. Mientras tanto, Jaén de Bracamoros, independizándose, se ponía a las órdenes de la Intendencia de Trujillo y la Comandancia general de Mainas hacia lo mismo.

* * *

Abandonada Lima crecieron los temores de verse atacados por la indíada, que merodeaba en las cercanías, lo que hizo que los notables, de acuerdo con el de Montemira, solicitaran a San Martín la protección de la ciudad. El jefe patriota se hallaba a bordo de uno de los barcos que bloqueaban el puerto, y ante el requerimiento de entrar en la capital ordenó la suspensión de las operaciones de los montoneros, al mismo tiempo que trasladaba su ejército y lo situaba entre Lima y Callao. San Martín se posesionó de Lima, aunque por su natural modestia no quiso hacerlo con el ceremonial propuesto, entrando de noche y acompañado por un solo ayudante.

EL Perú, como los demás países, estaba imbuido a principios del siglo XIX por las ideas que produjeron la revolución casi simultánea en el continente; si bien, debido a la mayor organización española existente en el país, fué posible contener por algún tiempo las manifestaciones de esas ideas, pero era un hecho que la masa social estaba agitada por las mismas causas e influida por los mismos propósitos. La atmósfera que se respiraba desde principios de siglo era revolucionaria, y fueron vanos los esfuerzos que las autoridades llevaron a cabo. El Perú no podía permanecer al margen de la situación general del Continente. La sociedad peruana se hallaba dividida en dos bandos: los llamados "godos", que apoyaban al régimen español, y los insurgentes, partidarios de la independencia. Los clubs de conspiradores que estos últimos habían formado enviaban al Gobierno de Santiago y al cuartel de San Martín todos los datos sobre los planes virreinales. Al mismo tiempo desde el extranjero se sublevaba la opinión del país por medio de agentes, muchos peruanos, que recorrieron el territorio durante los tres años precedentes a 1820. Así pudo San Martín, ya instalado en el Perú, iniciar su campaña más eficaz: la de cartas y proclamas, pues su verdadero campo de acción fué la mesa en la que redactaba las comunicaciones, que luego se repartían por las tierras peruanas.

* * *

Los independientes tenían a su favor el ambiente americano y sus buenas relaciones internacionales. La inferioridad de sus fuerzas y recursos estaba compensada por ser las tropas veteranas de otros encuentros con los gubernamentales, de los que habían salido victoriosas. A esto se unía su rigurosa disciplina, pero también su desconocimiento del terreno y de las gentes. El saber que una vez batido aquel puñado de hombres la formación de otro ejército patriota era imposible constituía un contrapeso. De aquí que la táctica de San Martín fuera esencialmente la guerra de zapa, como al mismo la denominaba, combinación de astucia y de prudencia, de sagacidad y de calma, que refleja bastante la índole de su espíritu. Por eso se ha dicho que "San Martín llevó al Perú más que un ejército una idea, y que se esforzó por agrupar en su contorno los elementos que podrían secundarla". Su táctica fué la de fomentar el descontento y la desertión, y su ejército sirvió de estímulo y de punto básico a que se acogieron las tendencias revolucionarias. No era hombre que confiase el éxito a combinaciones poco meditadas ni al afán de obtener glorias militares; él era ante todo un hombre de despacho. Al pisar tierra peruana se encontró con el difícil problema de jugarse su ideal a una sola carta, atacando con su poco numeroso ejército, o asimilar el Perú a la causa de la emancipación; San Martín prefirió lo último.

Fué así, acompañado de sus generales, veteranos de la independencia argentina (Arenales, Las Heras, Alvarado, Lavalle, Necochea, el inglés Miller y Cochrane, como almirante de la escuadra), y con numerosos chilenos y los peruanos partidarios de esas ideas que se encontraban en esas regiones, cómo desembarcó el 8 de septiembre de 1820 en la bahía de Paracas, cerca de Pisco, donde instaló su cuartel general. Allí San Martín puso en práctica su plan de campaña: aumentar sus fuerzas, tanto de hombres como de pertrechos, constituyendo las célebres guerrillas o primeras montoneras, que fueron un factor principalísimo en esta guerra. Allí conoció el estado de la opinión predominante en el Virreinato; allí recibió y aceptó del Virrey Pezuela el intento de resolver por vías pacíficas la contienda pendiente con las colonias americanas, tal como ordenara Fernando VII a su representante. Negociaciones que, por lo irreconciliable de sus puntos, estaban desde an a ser empezadas al fracaso. Desde allí también cumplía uno de sus objetivos: internar a Arenales en la sierra, el que provocando levantamientos en las poblaciones adictas amenazara por el centro a Lima, mientras él se reembarcaba para establecerse en Huaura, al norte de la capital, donde debía organizar el ejército libertador y hostilizar